



Jornadas de Hum.H.A.

Bahía Blanca - República Argentina

11 al 13 de agosto de 2005



Una lectura literal*

Maximiliano Crespi¹
(Dpto. Humanidades – UNS)

“Quien lee determina a quien escribe, de manera que aún en aquello que le molesta leer puede demostrar sus palabras perdidas.”

Literal, 1977

Cinco números en tres volúmenes componen toda la producción de la revista *Literal*.² 1973, 1975 y 1977 constituyen tres circunstancias históricas bastante particulares y diferentes entre sí. En cada ocasión, el grupo que compone *Literal* intenta señalar un lugar y un modo de enunciación ético o estético que le permite tomar una distancia polémica respecto del contexto político literario, al que alude permanentemente pero sin jamás nombrar directamente. Es el juego de la “intriga”, que no puede juzgarse por su valor a corto o largo plazo porque se inscribe en un movimiento político característico de las revistas de vanguardia: intrigar, conspirar /no dar el golpe.³

No obstante, *Literal* se declara siempre portadora de “la tensión agresiva de quien toma la palabra porque no puede sustraerse a ella”. En el eco de una lectura lateral se presenta una vieja frase masottiana, que constituye una primera hipótesis sobre el origen de una formación de vanguardia: en un país casi sin filósofos, casi sin crítica estética, casi sin revistas, casi sin crítica intelectual ni confrontación de ideas; brevemente, en un país casi sin memoria y sin maestros, un grupo como el de *Literal* no tuvo más alternativa que

* Toda lectura implica una experiencia singular que pone a prueba el ejercicio mismo de los dispositivos con que se lee. El modo en que el lector llega a los textos es también siempre singular y determina los modos de la lectura. Por eso creo que evocar brevemente mi encuentro con los textos literales, no es poco significativo. A principios de este año tuve el placer de hurgar en la biblioteca de la luminosa ensayista y gran amiga Alicia Capomassi. Alicia me había regalado ya, embarcada en una trabajo de “orden” (entre comillas), una bolsa negra, ¡de residuos!, llena de textos (de toda índole y sin ningún tipo de clasificación). Al visitarla unas semanas después, descubrí, en lo que ya era algo más parecido al orden (digo: al desorden lógico) de su biblioteca, los “documentos literales”. Esa misma tarde, y con la advertencia de un sutil “¡te la presto!”, me los llevé como quien huye con un botín de guerra. Pasados ya varios meses de aquél afortunado atraco, quiero creer que resulta por lo menos compensatorio dedicarle a Alicia los complicados ejercicios de una lectura literal.

¹ maxicrespi@yahoo.com

² El n° 1 (de noviembre de 1973), el 2/3 (de mayo de 1975) y el 4/5 (de noviembre de 1977).

³ *Literal*, “La intriga”, *Literal*, n° 1, p. 119.

habitar la intemperie, y enseñarse, a un tiempo, lo que eran las cosas y los otros, y aprenderlo todo de esa enseñanza. En el principio, entonces, los une un amor (la literatura) y un espanto (la representación).

Planteada de entrada como un “artefacto” de vanguardia (y luego como una muy particular revista de ensayos literarios), *Literal* trata de hacer oponer, obcecadamente y por diferentes medios, la mirada de los “otros” y la que ella dirige sobre sí misma, en una ironía sutil en la que construye su espacio al tiempo que polemiza con el contorno. “No hay destino sin adversidad ni política sin adversarios”,⁴ se manifiesta desde sus primeras páginas. Se interpela y discute un complejo tejido de valores estéticos e ideológicos consensuados hasta su aparición. “Los adversarios se miden según el patrón de sus cálculos políticos”, y los adversarios contra los que se construye *Literal* son las concepciones realistas y populistas no sólo de literatura sino también de la política de su época.⁵

Qui de uno dicit, de altero negat. Inconformista e inquieto, pero sobre todo intransigente, el colectivo *Literal* mira con recelo los procedimientos de lectura establecidos convencida de que “la literatura inscripta no puede imponer su lectura”. Trata de delatar sus límites (su horizonte de posibilidad) trastocando la política de la lectura: no clausurar conclusivamente; conservar la potencia de incertidumbre propia del discurso literario. La lectura del “mito de la iniciación” en *Raucha*,⁶ Macedonio leído desde su consideración del realismo (“una religión del padre”) como una alucinación de vida y tratando a través de su escritura de producir una alucinación de muerte,⁷ el olvido y el incesto en la trama celosa de *Marta Riquelme*⁸; la lectura “al pie de la letra” de los *Entredichos* de Bernardo Cordón,⁹ la despiadada lectura de (amor/odio) en la figura del escritor en Borges,¹⁰ resultan claros ejemplos de esa transformación. La enseñanza borgeana parece evidente: una literatura *difiere* de otra menos por su texto (y por la época de su lectura) que por la *manera* en que es leída. Se lee de otro modo y de acuerdo a un programa de absoluta insinceridad.¹¹

⁴ *Literal*, “El matrimonio entre la utopía y el poder”, *Literal*, n° 1, p. 37.

⁵ Giordano, A., “*Literal* y El frasquito: las contradicciones de la vanguardia”, en *Razones de la crítica*, Buenos Aires, Colihue, 1999.

⁶ Thonis L., “Iniciación al nombre”, *Literal*, n° 4/5, pp. 55-65.

⁷ *Literal*, “Por Macedonio Fernández” *Literal*, n° 1, pp. 15-28.

⁸ Gusmán, L., “Martínez Estrada: el olvido y el incesto”, *Literal*, n° 4/5, pp. 67-73.

⁹ García G., “Descontar la vida, contar (con) la muerte”, *Literal*, n° 4/5, pp. 75-82.

¹⁰ Steimberg O., “Un Borges antiguo”, *Literal*, n° 4/5, pp. 83-85.

¹¹ Uso el término en la ascendencia blanchotiana pasada por la escritura de Oscar Masotta: “Lo mejor de una obra de ficción no consiste en que sea sincera, puesto que entonces no sería ficción, sino en la actitud

“Se fingirá un saber que no se tiene. Se narrará con cierto ademán aparatoso y teatral –como quien cuenta un cuento a una criatura inteligente– la novela científica importada en esta década oponiéndola a la de la década anterior: a ver qué pasa”.

La exigencia de este tipo de lectura implica un trastocamiento, una desorganización, un “cierto enredo”, un “desplazamiento de valores” que está en la base de su transgresión: “mezclar los códigos, dar por sabido lo que se ignora, adoptar la posición del entontecido-cínico incluso frente a lo que realmente se sabe. Alguien, alguna vez, pensará en *Nietzsche* pero escribirá *Sade*.”¹²

Cierto: *Literal* constituye un artefacto que impone una negatividad radical frente a las políticas culturales de su época. Pero su mayor apuesta política radica en hacer posible un dispositivo de lectura que funciona a contrapelo de la lógica histórica.

El aporte *Literal* es claramente antiacadémico y estimulado por un *pathos* auténticamente revolucionario, una ironía impiadosa y una clara determinación por liquidar la idea de compromiso impuesta por el sartrismo argentino, al que *Literal* ve ahogado en una ilusión de libertad “que sólo puede vivirse cuando se la pierde y se anuncia siempre como una condena”.¹³ En este sentido, los textos literales exhiben una “pérdida” que constituye también una réplica. En los “documentos literales”, no hay un nombre de autor. Los nombres de Germán García, Osvaldo Lamborghini o Luis Gusmán¹⁴ no aparecen sino en textos marginales y siempre “faltan” en los “documentos” en los que se exponen los posicionamientos político-literarios “manifiestos” de la revista. Esa “falta” que la moral de su época tendía a considerar “irresponsable”, traduce uno de los fundamentos de la ética de escritura literal. La revista se inscribe, a través de ese anonimato, en una línea de pensamiento en que se evita a la figura del autor como punto de partida, origen o sujeto de la enunciación del que dependan los enunciados del texto. *Literal* es un colectivo. Por ello, considera que firmar sus “documentos” implicaría hacer reconocer o identificar, en un orden de significaciones o poderes establecidos, un “yo en tanto que...”, que sometería el pensamiento a una imagen, haciendo de la escritura una actividad diferente de la vida. Nada más lejos. En *Literal*, queda claro que narrar (escribir) no es reproducir un

que el escritor adopte frente a esa insinceridad que le queda originariamente vedada”. Masotta, O., *Sexo y traición en Roberto Arlt*, Buenos Aires, Corregidor, 1998.

¹² *Literal*, “La intriga”, *Literal*, n° 1, p. 120.

¹³ *Literal*, “La historia no es todo”, *Literal*, n° 4/5, p. 13.

¹⁴ El “Comité de redacción” de *Literal* estaba formado por este núcleo y alternó en los diferentes números la presencia de figuras como Lorenzo Quinteros, Jorge Quiroga o Josefina Ludmer.

acontecimiento. Es ese mismo acontecimiento, la aproximación a ese acontecimiento, el lugar donde él mismo se produce.¹⁵

“Testimonio”, “denuncia del presente”, “utilidad” en el mundo son las formas en que esos “otros” piensan la escritura. Frente a eso la respuesta literal es lapidaria: “Todo realismo mata subordinando el código al referente, pontificando sobre la supremacía de lo real, moralizando sobre la banalidad del deseo”.¹⁶ Y sus respuestas políticas deben rastrearse en ese sitio: el poder de la insinceridad, la negatividad radical de lo inactual, la potencia de lo inútil.

“Que el realismo y el populismo converjan en la actualidad para formar juntos el bricolage testimonial, es sólo el efecto de una desorientación que ya conoce su horizonte, es decir, sus límites y fracasos”.¹⁷

Contra ese horizonte *Líteral* enseña que escribir es “darle al otro la última palabra y reconocer que la palabra le da al sujeto sus primeras certezas y sus múltiples incertidumbres”.¹⁸ Más aún: entre las certezas máspreciadas de *Líteral* está la que incluye la impugnación de aquellos saberes extraños a la literatura en virtud de su literariedad al punto en que la torsión los lleva a decir que “Freud no enseña – como quieren los entendidos – a explicar la literatura, sino a reconocer en la misma una verdad del deseo abierta al Otro para promover el goce de algunos: los que advienen, porque quieren, a la capilla del exceso (aunque esto no sea justo lo que llaman útil)”.¹⁹ No obstante, el psicoanálisis no funciona en modo alguno como metalenguaje, ni como explicación de la literatura. Todo lo contrario. La fascinación que en los textos literales ejercen entre sí psicoanálisis y literatura es significativa,²⁰ pero conviene no olvidar que esta concepción singular de la literatura no es más que el efecto de un dispositivo de

¹⁵ Cfr. Deleuze, G., *Diálogos* (con Claire Parnet), Pre-textos, 1980.

¹⁶ El texto *Líteral* recorre argumentos que ponen en tela de juicio la moral sobre la que se constituyen las escrituras realistas de denuncia: “el sufrimiento realista se hace a condición de que la palabra que denuncia (¿a quién, frente a qué juez, según qué ley?) la injusticia que paradójicamente reproduce en la represión que instaura sobre el lenguaje mismo, convirtiendo en mala a cualquier palabra que se sostenga por su propio peso. El realismo es injusto porque el lenguaje, como la realidad social, no es natural. Para cuestionar la realidad en un texto hay que empezar por eliminar la pre-potencia del referente, condición indispensable para que la potencia de la palabra se despliegue” (*Líteral*, “No matar la palabra, no dejarse matar por ella”, *Líteral*, n° 1, p. 7).

¹⁷ *Líteral*, “La palabra fuera de lugar”, *Líteral* n° 2/3, p. 118.

¹⁸ *Líteral*, “La historia no es todo”, p. 17.

¹⁹ *Ídem*; p. 18.

²⁰ Prueba de ello son las apariciones fantasmáticas de Freud y Lacan en referencia a Flaubert, Macedonio Fernández o Gombrowicz en el N° 1, el perfil básicamente psicoanalítico del n° 2/3 de la revista (cuyo eje es el “Documento literal” titulado “Psicoanálisis: institución e investigación sexual”) o las publicaciones de un ensayo de Oscar Masotta (“Del lenguaje y el goce”, pp. 19-38) y la traducción de Viviana Honorio de un fragmento de los seminarios de Jaques Lacan (“Sobre el barroco”, pp. 39-53).

poder que encubre otra estrategia de lo verdadero, y quizá vaya siendo hora de poner en tela de juicio (justamente aquí) la vigencia actual de dicha relación, que bien pudo estar en el origen de esa producción pero que no tiene necesariamente que manifestarse en los rodeos de la lectura.²¹

Literal produce y recibe los modos de ser de su escritura a partir de plurales transferencias. Pero la multiplicidad de encuentros, proyectos, colaboraciones, se apoya en un *ethos* deseante: a las literaturas de la causa justa y los pronunciados miserabilismos populistas responde con la fiesta del monstruo que opera políticamente un extrañamiento y que deposita toda la eficacia literaria en la lectura que el texto pueda convocar. *Literal*, perversa y libidinosa, tras los pasos de Oscar Masotta reconoce que finalmente el deseo es siempre el deseo del otro. Por eso lo convoca, a un tiempo, para seducirlo y aniquilarlo. Porque si enamorarse de una escritura, de un color, de un nombre implica secretas alusiones, esperas interminables, insensatas postergaciones, y una sed sin nombre que sólo ansía el momento de una lectura, esa ceremonia no puede inscribirse sino en una convocatoria perversa. Una potencia subterránea, que gobierna la experiencia literaria, se manifiesta sin rodeos en la escritura literal. Se trata, sin más, de una afirmación vital de la literatura que se produce atravesando contextos, desplazándose entre lo que la condiciona, inventándose, en el error deliberado y el anacronismo, sus propias, singulares, condiciones de existencia.

En el origen, un cuestionamiento de la norma estética, una mirada repositora de algunos presupuestos del formalismo ruso (mediados por el tamiz barthesiano: una amplia y abierta política de la lengua en la escritura). Ya no importa lo que tal o cual autor dice. Ya no importa *quién* (habla el mito del autor) ni *qué* se dice (el mito de la información). Importa, sobre manera, el *cómo*. Sin la pretensión científica del formalismo pero con una convicción análoga, *Literal* no establece una diferencia fundamental entre literatura y escritura (o, para ir al extremo, entre una obra poética y, por ejemplo, un panfleto moral, una teoría o un juego de cartas): todo documento de la palabra escrita pertenece al ámbito de la literatura a condición de que se lo examine desde el punto de vista estético.

Es claro: "(la) escritura literal se piensa a partir de la diferencia, pero no confunde diferencia con frontera".²² En *Literal* el texto "teórico" (el texto de una teoría crítica) pasa a ser el portador de la ficción. Eso que podría ser "el resto del texto (teórico)", su "desperdicio", es su potencia: ante el residuo del texto cabe una posibilidad imaginaria. El

²¹ Cfr. Foucault, M., *La vida de los hombres infames*, Buenos Aires, Editorial Altamira, 1996.

²² *Literal*, "La intriga", p. 121.

resto es un “demás”, un suplemento, un añadido: lo que permite impugnar la clausura y sostener la incertidumbre y la extrañeza fundamental que desbarata la homogeneidad y la consistencia de los saberes. Y si es verdad que nos falta una ciencia de la escritura, y si también es verdadera la posibilidad de no tenerla nunca, nada puede evitar que desde *Literal* se trame el recorrido de sus efectos. “Travesti, streap-tease, fetichista, la letra siempre es inmoral”. Sólo “en la trama sucesiva del habla, en efecto (un puro efecto) todos los gatos son más o menos bodelerianos”.²³ La literatura, en “su marca específica” exige siempre un tratamiento especial: se piensa a partir de la diferencia.

Para el colectivo *Literal*, “el juicio de la historia no significa nada porque la literatura es una de las formas en que la historia se ejecuta”. Y, “si hay que hacer historia con la literatura, hay que hacer la de sus protocolos de lectura”.²⁴

Por eso mismo, el modo de atentar y ensayar la trasgresión de la lógica de lectura se remite a desbaratar aquello que constituye su razonabilidad: “el régimen de la locura, su particular sistema económico, también prolifera en esta plural proliferación”. Praxis profundamente historizada, la escritura literal ensaya su respuesta en el modo de la lectura. Parafraseando mal a Sklovski podría decirse: los modos (las lógicas) de lectura funcionan también como capas de herejías sobrepuestas unas a otras. Y quizá la existencia de una lógica de lectura no se manifieste tanto por su capacidad de obstaculizar otras (en tanto fuerza cohesiva), sino precisamente por su capacidad de ser puesta en suspenso. En este sentido, apoyada en la literariedad de las escrituras, la respuesta de *Literal* no sólo aparece como un juicio estético sino que se inscribe fundamentalmente como un juicio histórico.²⁵

La transformación histórica en los modos de la escritura y la lectura responde a una mutación dramática como experiencia singular de una crisis histórica:

“cuando la palabra se niega a la función instrumental es porque se ha caído de la cadena de montaje de las ideologías reinantes, proponiéndose en ese lugar en que la sociedad no tiene nada que decir”.²⁶

Por supuesto: no se trata de las gratuidades del “arte por el arte”, sino de la afirmación política “de algunos sujetos que no desean matar la palabra (aniquilarla en las

²³ *Literal*, “La intriga”, p. 119.

²⁴ *Literal*, “La historia no es todo”, p. 16.

²⁵ Para seguir una metáfora del formalista ruso, *Literal* se obligó a responder con las propias leyes de la literatura: no interesada en la situación del mercado mundial del algodón o en la política de los monopolios, sino fundamentalmente en las técnicas del hilado y del tejido.

²⁶ *Literal*, “No matar la palabra, no dejarse matar por ella”, p. 12.

totalizaciones del referente), ni dejarse matar por ella (mantener la distancia que permita desplegar el sentido)”.²⁷

La literatura es una palabra para nada “en la que cualquiera puede reconocerse”. Es un documento intempestivo, amoral, e incluso apolítico. Lo que constituye su historicidad, su moral y su política es el acontecimiento de la lectura. Y por eso mismo, la función crítica de la palabra es la descomposición del sentido común, tan emparentado a la moral represiva que traducen las estéticas realistas.²⁸

En ese contexto, *Literal* lleva adelante sea desde la recuperación de Macedonio Fernández, Flaubert o Gombrowicz como “maestros de la estupidez” (en los que se dibuja una recuperación del “resto”, el residuo, las subculturas, las mitologías degradadas, la reproducción literal y fuera de lugar, el azar en la escritura o la moral de la trasgresión), una política del cuestionamiento radical de la lógica oficial de la lectura enmarcada en los formatos de la representación realista que, en la doxa populista, reza instintivamente: “La única verdad es la realidad”. Las “políticas de la felicidad”, a las que *Literal* resiste en barricada, y que hoy pretenden imponerse en un lamentable formato folklórico, persiguen la ocultación de perimida lógica representacional. La historia y la literatura, cada una a su modo, refutarán la lógica simplista que *Literal* denuncia en las políticas que patrocinan como valor supremo la verdad de lo real, la eficacia de acomodarse a un referente “cierto”, dado (naturalizado) y admitido como “la única verdad”.²⁹

La negatividad de la vanguardia: el valor que resiste a la afirmación directa y aparentemente más razonable, responde políticamente en la intransitividad de la escritura. El objetivo claramente no se reduce a destruir la representación sino a poner en crisis sus formas cristalizadas: descomponer, a fuerza de negatividad, las certidumbres de la literatura y la política en tanto formas pegadas a los formatos de la representación clásica.

Esta apuesta implica necesariamente oponerse de plano a los “técnicos de la felicidad” que, en los organigramas, “intentan reproducir cierta realidad social” pero “la materia espejeante que trabajan se inscribe en la historia como —y no hay paradoja—

²⁷ *Ídem*; p. 13.

²⁸ Desde *Literal* se sostiene férreamente la convicción de que “el delirio realista de duplicar el mundo mantiene una estrecha relación con el deseo de someterse a un orden claro y transparente donde quedaría suprimida la ambigüedad del lenguaje” (*Literal*, “La palabra fuera de lugar”, *Literal* n° 2/3, p. 148).

²⁹ “Toda política de la felicidad –denuncia *Literal*– instauro la alienación que intenta superar. Toda propuesta de un objeto para la carencia no hace más que subrayar lo inadecuado de la respuesta a la pregunta que se intenta aplastar. No se trata del Hombre, ese espantapájaros creado por el liberalismo humanista del siglo pasado: lo que se discute son sus intercambios”. *Literal*, “El matrimonio entre la utopía y el poder”, *Literal*, n° 1, p. 35.

infelicidad”. La jerarquización de esas realidades que creen reflejar es la clave de su infelicidad. En los reflejos de los infelices técnicos de la felicidad, “una imagen del pueblo toma el lugar del pueblo”. “La otra cara de esa imagen es el Orden que toma el sitio que se le promete al pueblo”. Y, finalmente, “el orden, en el lugar del pueblo, pone al pueblo en el lugar del orden”³⁰. El matrimonio entre la utopía y el poder es un contrato al que el pueblo solo asiste como garante. Cito literal:

“si una determinada concentración de poder está en condiciones de inscribir en el presente una utopía cívico-cuartelera, meramente restitutiva de un ayer tan imaginario como la ‘potencia’ que se proyecta en el futuro, es porque los mismos grupos que podrían oponerse al proyecto se han mutilado con el cuento de la realidad, la eficacia y la táctica”.³¹

Este texto, fechado en julio de 1973, es revelador. Plantea una confrontación política en el presente en que se inscribe y, al mismo tiempo, lleva memoria de futuro: proyecta, pre-dice (los textos literales son siempre anticipatorios) la violencia política. He ahí las armas de la vanguardia frente a la amenazante vanguardia de las armas. A partir de unas pocas certezas y muchas incertidumbres, *Literal* ensayaba un posicionamiento y un anticipo histórico en una hipótesis que caería sobre los cuerpos con la violencia de lo real: “El señalamiento de cualquier ‘no dicho’ que cree poseer y controlar la totalidad de sus significaciones posibles producirá la conversión de la falta en agresividad; el otro se volverá el doble insoportable”³².

Si la historia es esa escritura del presente capaz de producir la memoria del pasado, la literatura es, para *Literal*, la escritura del presente sospechando la memoria del futuro. Y si es lícito creer en la consigna benjaminiana según la cuál los historiadores escriben siempre en nombre de los muertos, en cierto modo también lo es para la literatura cuando sospecha en nombre de los muertos que vendrán. En este sentido la escritura literal se funda políticamente en una evidente voluntad de confrontación, de choque y, quizá, como blanchotianamente sugiere Giordano, “de decepción” (respecto de la *doxa* humanista que impregnaba las miradas contemporáneas). E implica sin duda un claro rechazo a la lógica histórica sobre la que se constituyen las estructuras de un presente que, en su caso, llegaría a tomar la forma de una pesadilla.

³⁰ *Ídem*; p. 37.

³¹ *Ídem*; p. 44.

³² *Ídem*; p. 46.

BIBLIOGRAFÍA

DELEUZE, Gilles, *Diálogos*, Valencia, Pre-textos, 1980.

FOUCAULT, Michel, *La vida de los hombres infames*, Buenos Aires, Editorial Altamira, 1996.

GIORDANO, Alberto, "Literal y El frasquito: las contradicciones de la vanguardia", en *Razones de la crítica*, Buenos Aires, Colihue, 1999.

MASOTTA, Oscar, *Sexo y traición en Roberto Arlt*, Buenos Aires, Corregidor, 1998.